

ESTUDIOS

LOS ANDES : LA METAMORFOSIS Y LOS PARTICULARISMOS DE UNA REGIÓN (*)

Heraclio Bonilla (**)

El escenario

Los estudios sociales realizados sobre la región andina en las tres últimas décadas han subrayado con mucha fuerza la unidad y la homogeneidad de la región. Las razones son obvias: la particular densidad histórica de la región, el peso de una de las geografías más difíciles del planeta, las características de la población indígena, todavía una de las más significativas en el conjunto nacional. Como consecuencia de esta homogeneidad, el rescate de esta dimensión regional como unidad de análisis, presenta una importante ventaja sobre las anteriores investigaciones, en la medida en que permite comparaciones indispensables en el conocimiento de un problema.

El riesgo, no obstante, radica en la *reificación* de la dimensión andina, es decir en pensar a la región como una suerte de llave maestra con la capacidad o de explicar o de singularizar todo lo que ocurra en su contexto. Tomado en esos términos, los Andes, como realidad o como meta-concepto, es una dimensión omni-presente, inmune al tiempo, es decir a la historia, y cuya homogeneidad prevalece sobre sus profundos regionalismos y localismos. Estos *andinismos*, no sólo que no resisten a la confrontación de la evidencia, sino que revelan la tautología del razonamiento. Se convierte en explicación aquello que requiere más bien ser explicado.

(*) Ponencia presentada al Panel *Los Andes: Unidad y Diversidad Regional y Local* (HIS 19) en el Congreso en Conmemoración de los 50 años de FLACSO, Quito, 29 al 31 de octubre de 2007.

(**) Catedrático de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Historia de la Universidad de París y en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Autor de varias obras sobre historia económica y social de Perú, Colombia, Bolivia y Panamá.

Pero las limitaciones de esta manera de percibir a la realidad no son sólo de carácter analítico. Son más serias aún cuando soslayan o minimizan las profundas brechas *nacionales* de la región bajo el pretexto de su homogeneidad. Entender, por ejemplo, por qué dos países andinos como el Perú y el Ecuador, que comparten todo, desde su cultura hasta su miseria, no obstante estuvieron dispuestos hasta un pasado reciente a enfrentamientos sangrientos, es un asunto demasiado serio como para cuestionar la pertinencia de esta supuesta unidad regional de los Andes.

La peculiaridad y la singularidad *nacional* de la región andina, al igual que la del conjunto de la América Latina, no es una realidad reciente. Se remonta, por lo menos, a sus inicios como países independientes, como resultado del impacto de las reformas borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII, y de las características muy precisas que tuvo el proceso político de la emancipación. Los doctores de Chuquisaca decidieron convertir la Charcas colonial en la Bolivia de hoy, como consecuencia del cansancio de que su territorio oscilara como un péndulo entre el campo de Buenos Aires y el de Lima de Abascal. Y si Quiteños y Guayaquileños tuvieron momentáneamente que inclinar sus orgullosas banderas regionales, para otorgar a su precaria unidad nacional el nombre de la línea imaginaria del Ecuador, fue como resultado de que su convivencia dentro de la Gran Colombia, no era más posible ni deseable. Estos curiosos nacionalismos, por la forma en que emergen y por el contenido que encierran, no son por cierto un privilegio de los Andes. Eso mismo ocurrió en la Banda Oriental de Artigas para dar paso al Uruguay contemporáneo, o en los dominios reservados del Dr. De Francia, antes de convertirse en el Paraguay que conocemos.

Estos *nacionalismos* andinos, reproducidos y alimentados en la sospecha y en el temor del vecino, no sólo configuran unidades nacionales diferenciales y opuestas. También al interior de los territorios nacionales es constatable esta diferencia, ya sea como situación o como proceso en curso. Y es el caso, por paradójico que parezca, con el campesinado indígena y con sus respectivas *comunidades*, es decir nada menos con los grupos e instituciones que fueron y son tomadas como paradigmas de la unidad de la región.

Como es bien conocido, las *comunidades de indígenas* fueron el resultado de un primer proceso de urbanización masiva, implementada por el Virrey Toledo a mediados del siglo XVI a fin de facilitar la colonización y la eficiente asignación de mano de obra nativa a las empresas españolas. Desde Nueva Gra-

nada hasta Charcas, este poblamiento obedeció a un modelo y patrones comunes. Sin embargo, alguien que recorra el campo andino, desde Popayán, en Colombia, hasta Cochabamba, en Bolivia, podrá sin dificultad constatar sus profundas diferencias. En Colombia casi no existen, porque gran parte de sus *resguardos* indígenas son resultado de una creación reciente, al constatar sus pobladores campesinos que organizados de este modo aumentaban sus chances de obtener el respaldo del gobierno central. En el Ecuador, el mismo territorio indígena desapareció, como consecuencia de la permanente trashumancia de los indios durante el periodo colonial. Por cierto que *Saraguros, Otavalos y Salasacas* constituyen enclaves étnicos identificables, pero la inmensa mayoría de las *comunidades indígenas* son también ahí creaciones recientes, puesto que están conformadas por ex-colonos de haciendas, los célebres *huasipungueros*, quienes se agruparon en estos pueblos al disolverse en 1964 su vinculación secular con las haciendas de la sierra Ecuatoriana. No es esa la situación ni del Perú ni en Bolivia, pese a que tampoco en estos países sea posible ignorar la profunda diversidad regional de la comunidad campesina.

La constatación de esta situación no tendría tal vez mayor interés, si sólo se limitara a un ejercicio académico intrascendente. Sin embargo, sus implicaciones van incluso más allá del enunciado de las profundas brechas nacionales en el contexto de la región andina, y apuntan más bien al señalamiento de dimensiones significativas para comprender y explicar la racionalidad del proceso político reciente. Por razones de espacio, quisiera ilustrar la importancia del reconocimiento de esta heterogeneidad, tanto nacional como regional, refiriéndome sólo al comportamiento político de los campesinos de los Andes.

En 1952, en Bolivia, y en 1969, en el Perú, los campesinos lograron imponer a sus respectivas clases propietarias reformas agrarias profundas, traducidas en la cancelación de los latifundios tradicionales. Eso no ocurrió ni en el Ecuador ni mucho menos en Colombia. Y es que la aparente homogeneidad de la región andina en realidad esconde una muy diferente articulación de sus clases agrarias, y uno de cuyos desenlaces fue justamente la alteración, o la persistencia, del sistema de tenencia de la tierra. En el caso de Colombia y el Ecuador se está en presencia, en efecto, de una clase terrateniente poderosa y un campesinado débil y fragmentado, mientras que en el caso del Perú y de Bolivia, la correlación es exactamente inversa, es decir una clase propietaria débil frente a un campesinado fuerte.

Pero la fortaleza del campesinado es el caso de Bolivia y el Perú, frente a la debilidad y dispersión de los campesinos en el Ecuador y en Colombia, es a la vez consecuencia del diferente proceso seguido por sus respectivas comunidades. Al desaparecer o fragmentarse, como es el caso de las dos últimas experiencias nacionales, el campesinado no contó con el encuadramiento necesario para el asedio externo de las tierras de los latifundios, como efectivamente ocurrió en el Perú y en Bolivia o, para añadir otra experiencia significativa, en el Morelos de Emiliano Zapata, en el contexto de la conmovición mexicana de 1910. Por lo mismo, la tímida reforma agraria de 1964 en el Ecuador, expresada en la disolución del *concertaje* y del *huasipungo*, como expresiones arcaicas de la explotación de la fuerza de trabajo indígena, no pudo sino ser el resultado de la resistencia de los colonos de hacienda, situación que a la vez contradice aquellos juicios que califican como pasivo el comportamiento de este tipo de campesinos al estar envueltos por el manto paternalista del propietario.

En suma, el reconocimiento de los Andes como una de las grandes áreas culturales del Hemisferio, su articulación económica y política innegable en el periodo pre-hispánico y gran parte del periodo colonial, debiera dar paso al examen del proceso de fragmentación interna y a las implicancias de esta fragmentación para la comprensión de la economía y de la política contemporáneas. Pero un análisis de este tipo no debe ni puede soslayar que se trata de un proceso de fragmentación que ocurre dentro de un contexto cultural que es a la vez muy preciso y que frena una dislocación más completa y profunda.

El estado de la cuestión

Reconocer la fragmentación territorial y regional del mundo andino es una cosa, construir el concepto de "región" es muy distinto. En efecto, una región puede ser definida de múltiples maneras, en función de la perspectiva de análisis y de los objetivos que se quiera lograr. En términos económicos, por ejemplo, es el flujo de bienes y hombres el que diseña una región. En términos culturales, es la extensión de los mismos patrones el que señala sus fronteras, o la adhesión a un conjunto de normas y valores específicos. En términos políticos, la región está definida por el ámbito de poder y autoridad que ejerce el grupo dominante. En cambio, la convicción histórica de ser parte de una región que comparten los grupos sociales que viven en ella es,

tal y como Pierre Vilar (1962) lo demostrara para la Cataluña moderna, el elemento central de la definición de una región cuando se hace uso de una coordenada histórica. Una conciencia histórica de ese tipo es la condensación de un conjunto de fuerzas, desde las materiales hasta las simbólicas, que motivan la acción de los hombres y que les permite la identificación de sus intereses con un territorio.

Una definición de la región en esos términos no ha sido utilizada en la investigación histórica en la región andina. Las dimensiones más importantes que han sido usadas en la caracterización de la región son de carácter económico, político y étnico. Quisiera brevemente mencionar las más significativas en el contexto de las diversas coyunturas temporales de la historia de los Andes.

El mundo pre-hispánico durante mucho tiempo fue asociado e identificado con los Inkas y el imperio del Tawantisuyo. Esto es claramente un error, porque confunde las dos centurias de duración del imperio de los Inkas con los milenios previos a su historia, es decir desde el momento en que aparecieron los primeros grupos humanos hasta el inicio de la expansión del Tawantisuyo con el Inca Pacachutec. Que el Tawantinsuyo se haya consolidado en tan poco tiempo, sólo puede explicarse por el hecho que los Inkas, al igual que los españoles más tarde, supieron apoyarse en instituciones y mecanismos económicos y políticos de probada eficacia utilizados por los grupos que los precedieron. Por consiguiente, es el análisis de estos fundamentos de la civilización andina que debiera tener preeminencia.

El estudio del Tawantisuyo, como consecuencia de la información proporcionada por los cronistas que sigue siendo una de las principales fuentes para su conocimiento, estuvo centrado casi exclusivamente en el Estado Inka y en el Cuzco, la capital imperial. Por lo mismo, se desconocía casi todo sobre los mecanismos de incorporación de los diferentes reinos regionales al seno del imperio, así como sobre su funcionamiento dentro de este sistema. Fue el descubrimiento y la utilización de las Visitas del Reyno de los Chupaycho, en Huanuco, y de los Lupaka, en el altiplano andino, es decir de verdaderas encuestas sociológicas ordenadas por la administración colonial temprana, el que ha permitido en los últimos años de-centrar estas investigaciones y conocer a estos grupos étnicos dominados por el Cuzco. Aquí, por consiguiente, se tiene un primer ejemplo de etno-historia regional, y cuya investigación ha modificado y profundizado el conocimiento del Tawantisuyo.

La región, en este caso, está definida en términos estrictamente étnicos, en el sentido de territorios controlados por una determinada jefatura y donde estuvieron establecidas las unidades domésticas que hacían parte de este reino. Esa “territorialidad étnica”, podía o no ser continua y contigua. Dados los mecanismos de colonización establecidos por el Estado Inka a través de los *mitimaes*, o del control de pisos térmicos distantes por parte de grupos campesinos segregados de sus etnias de origen, su territorialidad podía presentar discontinuidades especiales muy grandes.

Durante el conjunto del periodo colonial, por otra parte, fue la minería el sector dominante de la economía, por su capacidad de generar extensos y profundos eslabonamientos con regiones diversas, y también con los otros sectores productivos. De ese modo, el sector minero arrastró tras suyo el funcionamiento de otras economías y de otros espacios, operando como auténticos polos de crecimiento e imponiendo al conjunto del espacio andino una auténtica división del trabajo regional. Han sido los trabajos pioneros de Carlos Sempat Assadourian (1979, 1982) sobre la minería andina temprana, así como los de Enrique Tandeter (1992) para el periodo colonial tardío, los que claramente han demostrado el alcance de la articulación regional generados por el sector minero. Assadourian, por ejemplo, ha señalado de manera muy precisa cómo la producción textil de Quito, la de azúcar y algodón de las plantaciones de la costa peruana, la crianza de mulas en las estancias de Córdoba, la producción de yerba mate en las plantaciones guaraníes, la de vinos y telas del norte argentino, encontraron todos su racionalidad y su sentido en el hecho de que pudieron abastecer de manera eficiente la demanda del mercado minero de Potosí, uno de los principales en el espacio económico andino. La constitución de estos diversos mercados regionales fue, por consiguiente, el resultado de la circulación de la mercancía plata como dinero, y de su cotejo con otras mercancías al interior del espacio andino, antes de que fuera exportada a Europa. Las investigaciones anteriores sobre la plata americana, como consecuencia de su único interés en los efectos que la circulación del metal produjo en las economías europeas, pasó por alto esta situación y no permitió la indagación de problemas importantes como el surgimiento de los mercados regionales y el nacimiento de una economía monetaria. Estas investigaciones pioneras fueron continuadas por otros investigadores del mundo andino, como Juan Carlos Garavaglia (1983), Luis Miguel Glave (1989), Tristan Platt (1982), Antonio Mitre (1981), y cuyos trabajos han terminado por construir una de las más importantes corrientes de investigación y de conocimiento en la historia de los Andes.

En estas investigaciones sobre el periodo colonial y el papel que tuvo el sector minero en la polarización regional de su espacio, ha sido la dimensión económica el vector utilizado en el análisis. Las regiones son espacios que se constituyen por los flujos de bienes, tanto de consumo como de capital, desde diversos centros regionales hacía el mercado dominante de Potosí.

En el contexto del siglo XIX, la historia regional de los Andes ha sido analizada en dos coyunturas temporalmente distintas. La primera corresponde a la primera mitad del siglo XIX, uno de los periodos más oscuros en términos del conocimiento, y que corresponde a toda una etapa de repliegue de sus economías, como consecuencia de no haber contado con bienes primarios significativos que fueran exportables al mercado internacional. Esta primera mitad del siglo era usualmente pensada como el escenario de una parroquialización de los espacios nacionales, en cuyos fragmentos el latifundio tradicional, es decir la única unidad productiva significativa, apenas habría producido los excedentes necesarios para mantener a los grupos que vivían dentro de la hacienda, y para ser usados como prebendas en el mantenimiento de las lealtades que vinculaban al propietario con sus seguidores. Han sido los trabajos recientes de Paul Gootenberg (1989), los que han cambiado de manera significativa esta visión. A partir de los parámetros económicos y políticos, Gootenberg ha demostrado la existencia del norte y del sur peruanos como bloques regionales, los cuales se expresaron tanto en estructuras diferentes, como también en la inspiración de políticas económicas contrapuestas por parte de un Estado "nacional" bastante frágil. A mi conocimiento, este tipo de estudios no existen todavía para los otros países andinos.

La otra coyuntura corresponde a la segunda mitad del siglo XIX, es decir al momento en que el cacao, en el caso del Ecuador, la plata, en Bolivia, y el guano, en el Perú, hacen que las exportaciones y el sector externo vuelvan a ser de nuevo los sectores dominantes dentro de sus respectivas economías. Los trabajos de Andrés Guerrero (1981) sobre el cacao han demostrado, por ejemplo, los mecanismos por los cuales su producción, por muy tradicional que fuera, pudo sin embargo inducir el surgimiento del sector moderno mercantil, financiero, e incluso industrial de Guayaquil y de su entorno. En el caso de la plata boliviana, tanto Tristan Platt (1982), como Antonio Mitre (1981), han igualmente documentado las transformaciones regionales que se produjeron como respuesta del abastecimiento de mano de obra y de bienes de consumo para los mercados dominantes. En el caso del Perú con el guano tanto Shane Hunt (1985) como Heraclio Bonilla (1974) han señalado

los cambios inducidos como consecuencia de la reasignación de la renta guanera por parte del Estado peruano, quien era el propietario de esas rentas fiscales. En ese mismo contexto, el libro de Nelson Manrique (1987) sobre la sierra central del Perú en la segunda mitad del siglo XIX, a la vez que diseña los circuitos regionales, muestra también la poca importancia que tuvo la renta del fertilizante peruano en ese proceso, y más bien el papel primordial que tuvo el sector minero y ganadero de esa región en la acumulación del capital.

La primera mitad del siglo XX, es el periodo de consolidación del sector externo de las economías de los países andinos. En el caso del Perú, las exportaciones respondieron a un portafolio más diversificado, mientras en el caso del Ecuador el banano sustituyó al cacao, y en Bolivia fue el estaño el que reemplazó a la plata como consecuencia del desplome de los precios de este producto en el mercado internacional desde 1895. El pensamiento social latinoamericano de la década de los 60 ha denominado como “enclaves” a las unidades productivas que se consolidaron como consecuencia de este proceso. Este término alude a la vertical articulación de las empresas que produjeron estos productos con sus matrices establecidas en el extranjero, y de las cuales aquellas no serían sino simples filiales, es decir un tipo de articulación que habría impedido la gestación de enlazamientos horizontales dentro de la región y, por extensión, del país en el cual operaban estas empresas “enclavadas”. Por consiguiente, la definición misma de “enclave” contradice la noción de región. Sin embargo, las investigaciones más recientes a la vez que cuestionan este concepto, han mostrado las profundas transformaciones que su funcionamiento impuso dentro de su entorno. El control extranjero de su capital de operaciones, en efecto, no significó que todos los factores de producción ni los bienes de consumo vinieran de fuera. Los trabajadores empleados en el cultivo de la caña de azúcar, o en la extracción del cobre, así como los bienes de consumo para la reposición de la fuerza de trabajo en las minas de estaño, o en las plantaciones bananeras de la costa guayaquileña, salieron de diferentes regiones de cada espacio nacional. Por otra parte, el Estado, por débil que fuera, participó también de las rentas producidas a través de impuestos, mientras que la utilización de los mismos en el gasto público fue otro mecanismo a partir del cual estos productos y las empresas que lo produjeron contribuyeron al diseño de nuevas economías regionales, o a la profundización de las existentes.

La segunda mitad del siglo XX, por otra parte, está atravesada por dos fases muy marcadas. La primera corresponde a las tres décadas de mediados

de siglo a inicios de la década de los 80, un periodo caracterizado por un significativo proceso de crecimiento de las ciudades, de expansión del sector industrial, y de convulsiones sociales y políticas en las áreas rurales. En términos políticos, es la reiteración de los “populismos”, bajo claro liderazgo militar como lo ilustran los casos de Velasco Alvarado, en el Perú, Rodríguez Lara en el Ecuador, y Torres en Bolivia, cuyos gobiernos trataron, con resultados mezclados, de erradicar las bases coloniales de sus respectivas economías y sociedades, y permitir la inclusión de sectores importantes de las clases populares al escenario político. El fracaso y la desilusión de estas políticas constituye el trasfondo de los nuevos cambios introducidos en los 80, y cuyo despliegue, si bien aún está en curso, ya ha generado las señales suficientes que revelan nuevas situaciones de conflicto.

Ocurre, para decirlo brevemente, que políticas populistas de conciliación de clases son implementables en tanto lo permita el crecimiento de las economías, pero conducen a callejones sin salida, precisamente por la naturaleza irreconciliable de intereses de clases contrapuestas, y cuyo desenlace final es el caos económico y político. Esas fueron las bases para la aplicación de severas políticas de estabilización, inspiradas además en las recomendaciones de los organismos financieros internacionales (el así llamado “consenso de Washington”), y entre cuyos componentes se cuentan la privatización de las empresas públicas, la apertura de mercados, el control del gasto público, y el desmonte completo de políticas de solidaridad y de asistencia. Que se piense que estas políticas de mercado son además los indispensables anclajes de la democracia, no es por cierto la menor paradoja de los nuevos tiempos.

La profundización de un capitalismo, ahora sin frenos ni cortapisas, no podía dejar de producir reacciones de respuesta. Pero éstas se produjeron en los espacios y por actores completamente inesperados. Y es que ante la demolición de los movimientos obreros, campesinos, de sindicatos y partidos políticos, como resultado de la aplicación de políticas de flexibilidad laboral y de la inoperancia de costras burocráticas que se irrogaron arbitrariamente la representación de los trabajadores y de los excluidos, fueron paradójicamente los indígenas y sus organizaciones que encabezaron esta resistencia, con una efectividad completamente inédita en la historia política de la región. Bloquearon caminos, desabastecieron mercados, arrodillaron a líderes empergaminados, desalojaron a presidentes de los palacios de gobierno, para terminar respaldando a los que hoy fungen de tales y sin cuyo respaldo su presencia sería imposible.

La última década del siglo XX ha sido el inicio de impresionantes movilizaciones sociales y cuyos protagonistas y cuyo despliegue produjeron, entre otras consecuencias, la destitución de los presidentes Jamil Mahuad, en el Ecuador, Gonzalo Sánchez de Lozada, en Bolivia y, también, la elección de Alejandro Toledo en el Perú. Se trata, sin duda, de movilizaciones que no tienen precedentes tanto por su envergadura como por sus alcances. Y no es que no hayan existido previamente, en una región que después de todo reconoce como indígena a gran parte de su población rural y urbana, sino que es la naturaleza y la agenda de estas movilizaciones las que han cambiado radicalmente. En efecto, de haber sido movilizaciones de protesta local o regional orientadas contra la exclusión y la explotación, son ahora movilizaciones sociales, sobre todo en el caso de Bolivia, que buscan también el control político del Estado. La victoria reciente de Evo Morales se inscribe en esta situación.

Estas experiencias, por otra parte, se expresan en el marco del derrumbe de políticas neo-populistas y de hegemonía completa del neo-liberalismo, es decir un paradigma que implica el desmonte completo de políticas e instituciones públicas, la inserción plena de las economías de la región al mercado mundial, y la expansión sin traba alguna del capitalismo. En ese contexto, debiera esperarse que la oposición proviniera de aquellas fuerzas sociales que en un pasado no muy lejano construyeron su identidad es respuesta a la expansión capitalista y a sus nuevas formas de dominación. Pero el movimiento obrero y el movimiento campesino, para sólo mencionar a los más conocidos, desaparecieron como por encanto del actual escenario social. Y por paradójico que pudiera ser, la vanguardia de esta oposición la integran segmentos importantes de la población indígena.

La contradicción clásica entre el capital y el trabajo, por consiguiente, fue desplazada por una nueva, en la que la cultura, o la civilización, como lo quiere Samuel J. Huntington en su conocido libro, constituye la arena de la contienda. Es innegable que esa dimensión existe en el conflicto actual, claramente expresada en la reivindicación por la representación y la autonomía reivindicados por los *kataristas* de Bolivia, o por los de la *Conaie* del Ecuador, pero si no se quiere convertir esta lucha en un enfrentamiento de signos y símbolos, es indispensable, por un mínimo de sensatez, introducir igualmente la dimensión material del conflicto. Agenda que no es nada fácil, por el silencio o la ambigüedad de la teoría en torno a la naturaleza de la articulación entre *clase* y *etnicidad*.

Las tareas pendientes

Un balance somero de los estudios de historia regional en el mundo andino sería suficiente para reconocer que los mayores avances en la investigación histórica de la región no sólo se han producido en este campo, sino que el análisis de las peculiaridades regionales de cada país ha permitido un conocimiento más profundo sobre el mismo. En este sentido preciso, la historia “nacional” puede ser mejor comprendida como la historia contradictoria de las regiones que la integran, cada una de ellas con una estructura propia, con ritmos disímiles, y con un peso específico dentro del país en su conjunto. En suma, este tipo de investigaciones ha sido y es mucho más relevante que las superficiales historias nacionales, las que al asumir erróneamente la uniformidad del país impiden el conocimiento de su configuración interna y de la peculiaridad del proceso.

Sin embargo, esta historia regional ha privilegiado la dimensión económica en la caracterización de sus respectivos espacios, al señalar que los flujos entre los centros de producción y sus respectivos mercados constituyen el fundamento de las regiones. Es todavía necesario, por consiguiente, examinar los mecanismos de articulación de variables como población, cultura, política, etnicidad y las clases sociales con aquellas propiamente económicas en el proceso de constitución y consolidación de las regiones. Del mismo modo, es también necesario el estudio de la articulación inter.-regional, a fin de conocer la complejidad del proceso seguido por el conjunto del país. El libro clásico de Emilio Sereni *Capitalismo e Mercato Nazionale* (Roma: Editori Riuniti, 1966) constituye un ejemplo muy preciso del alcance que puedan lograr investigaciones sobre las tensiones inter.-regionales en la trayectoria histórica de una nación.

Por otra parte, las investigaciones sobre los eslabonamientos generados en su entorno por el funcionamiento de las economías de exportación, con toda la importancia que ellas tienen, han soslayado el estudio de otro tipo de regiones, tal vez las más significativas desde el punto de vista del volumen de la población que concentran. Me refiero a aquellas regiones que no fueron sensibilizadas por las economías de exportación y que estuvieron auto-centradas. Es el caso de aquellos espacios rurales, con población indígena significativa, y que tuvieron en las parcelas campesinas, las comunidades de indígenas, o haciendas tradicionales, como sus unidades económicas y sociales

más importantes. Aquí el enlace regional fue cultural, aunque en su articulación interna las dimensiones económicas y políticas no estuvieron ausentes.

Estado, nación y etnicidad en la región andina

Los meses de enero y febrero de 1995 fueron escenario de una confrontación bélica entre los destacamentos de las fuerzas armadas del Ecuador y del Perú a lo largo de la cordillera del Cóndor. Esos incidentes no eran nuevos, ciertamente, porque también en enero de 1981 había estallado otro conflicto militar en la zona de Paquisha. Pero también las relaciones entre Perú y Colombia, en la década de los 20 y los 30 del presente siglo, no estuvieron exentas de este tipo de tensiones sobre límites de frontera. En uno como en otro caso, fueron indispensables acuerdos de paz para poner término a estas disputas. Estos conflictos fueron, y son, nacionales, definición que en principio alude a actores que están dotados de una configuración nacional y cuya expresión más extrema es la decisión de ir a la guerra en defensa del territorio. Sin embargo, el “nacionalismo” de los países andinos, disimula inadecuadamente los clivajes de todo tipo que fragmentan internamente a los países de la región, desde los espaciales hasta los sociales, pasando por las divisiones de raza y etnia. La indagación de la articulación entre *nación*, *clase* y *etnia*, así como su representación recíproca en sus respectivos Estados “nacionales”, constituye uno de los problemas centrales de una nueva agenda de investigación, y cuyos resultados se espera permitan profundizar el conocimiento de la configuración interna de estas realidades en su relación con el hecho nacional. En el marco de un período cronológico que va desde las guerras de independencia hasta 1995, y a través del estudio de sus coyunturas más significativas, esta investigación debiera indagar por el sentido de las diferentes metamorfosis del nacionalismo en los Andes, así como el proceso de la fragmentación interna de una región, sin que esta ruptura haya cancelado por completo las características centrales de la civilización andina. Importa enfatizar que la comprensión de esta coyuntura bi-secular sólo es posible en la medida en que se reconozca que este presente condensa, de manera contradictoria y no resuelta, los procesos históricos que de manera apretada fueron resumidos en las páginas anteriores.

En los años recientes, los estudios sobre la configuración nacional de los países andinos, y en particular el papel de las clases populares dentro de cada experiencia nacional, han concentrado cada vez más una gran atención

(Bonilla, 1981). Pero estos estudios presentan dos dificultades importantes que impiden una cabal comprensión del problema. La primera radica en su carácter unilateral: toman una sola dimensión, la de las clases populares, y prescinden de su articulación con las clases propietarias. Por muy importante que haya sido y sea el papel de las clases populares, y en particular del campesinado, es obvio que la configuración, o el truncamiento, del proceso nacional es el resultado de la interacción del conjunto de los grupos sociales anclados en una realidad. La segunda, es el excesivo parroquianismo de estos estudios. Si bien investigaciones muy reducidas, incluso dentro de cada espacio regional (Manrique, 1981), han sido muy importantes porque han profundizado el conocimiento del papel de los grupos campesinos en este proceso, así como el del significado compartido del concepto “nación”, no sólo que la naturaleza de estas investigaciones dificultan una generalización mayor de sus hallazgos, sino que impiden conocer el rol potencial de esos mismos actores, o la características que el proceso podría asumir cuando coordinadas o variables distintas a una experiencia específica estén también presentes. La excepción a este localismo de los estudios para la región andina es el libro de Florencia Mallon (1995), sólo que la comparación contrasta a los campesinos del valle del Mantaro y de Cajamarca, en el Perú, con los de México en el contexto de la ocupación francesa.

El papel de la etnicidad en la investigación sobre la construcción nacional es aún de mayor trascendencia. En efecto, la gran mayoría de los estudios sobre la nación y nacionalismo inciden sobre todo en el papel de las clases sociales en este proceso (Bloom, 1975). En este contexto, el conjunto de la región andina constituye, por su configuración multiétnica, un extraordinario laboratorio porque permite profundizar el análisis del hecho nacional al incluir la dimensión étnica. Una cosa es que la clase dominante de una sociedad logre confundir, desde el control del Estado, sus intereses con los del conjunto de la sociedad, y otra muy distinta es que quiera, o pueda, confundirse con grupos poblacionales cuya lengua, color e historia no comparte.

El estudio de la constitución del Estado, en la región andina y en el contexto de sociedades post-coloniales, presenta igualmente dificultades importantes, tanto porque las teorías utilizadas en el análisis no rescatan esta dimensión post-colonial, como porque las investigaciones realizadas no han mostrado de manera convincente la articulación de sus respectivas burocracias con las clases dominantes de cada país (Stepan, 1978). Y esta dificultad es tanto mayor por el hecho de que la América Latina es un claro ejemplo de

los infructuosos esfuerzos de construir naciones desde los Estados, entre otras razones porque su emergencia precedió a la de sus respectivas sociedades nacionales.

La corriente mayoritaria en los estudios sobre la articulación entre Estado y Nación en la región sostiene que nación, nacionalismo, burguesía y mercado nacional son concomitantes, y que la peculiaridad de su proceso nacional se debe a la inexistencia, o a la fragilidad de sus mercados internos y de su burguesía. Los estudios que comparten esta premisa presentan igualmente algunas dificultades. La primera es su euro-centrismo, en la medida en que toman como parámetro universal la experiencia de la constitución nacional en los países de la Europa Occidental. La segunda radica en tomar el nacionalismo y la nación como realidades acabadas, y no como efectivamente lo son: es decir, procesos en construcción. Además, dada la multiplicidad étnica de los países de la región andina, el contenido del nacionalismo, así como el significado concreto de palabras como “nación”, “patria”, requieren igualmente una indagación muy precisa sobre el contenido que le otorgan los diferentes grupos de la sociedad, en lugar de ser asimilados al que les fueron adscritos en otros contextos nacionales.

Las coyunturas específicas que son un test para el análisis de esta región, corresponden a las guerras por la independencia de esta región, entre 1810 y 1830, y las guerras nacionales y sociales modernas y contemporáneas que convulsionaron a estos países: la guerra del Pacífico (1879-1884), la guerra del Putumayo y los incidentes de Leticia (1920-1930), la guerra del Chaco (1932-1936), y el conflicto entre Perú y Ecuador (1914-1995). Se trata de coyunturas de crisis nacional, por consiguiente las que mejor revelan la consistencia y el significado del hecho nacional, y en el que se busca la articulación entre la *representación* y la *praxis*, es decir lo que hicieron y lo que dejaron de hacer grupos étnicos y clases sociales, así como el significado de sus actos y de sus silencios. Es, además, una investigación de largo aliento, y que por lo mismo debe ser descompuesta en varias etapas y con la participación de diversos investigadores en torno a una agenda coherente de trabajo.

El estudio de las guerras por la independencia, entre 1810 y 1830, pone especial énfasis en el significado de la participación del campesinado indígena en las revueltas que estallaron en los Andes centrales y en el sur de Colombia. Desde Popayán y Pasto, en Colombia, hasta Cochabamba, en Bolivia, las movilizaciones que contaron con presencia indígena serán analizadas utilizan-

do coordinadas de espacio, liderazgo indígena, cohesión interna del grupo, naturaleza de la articulación política y social de las élites y la burocracia colonial, vinculación con el ejército y los distintos estratos de las autoridades religiosas y, finalmente, los cambios en la coyuntura de la guerra.

Al analizar la participación del campesinado indígena en las guerras de Independencia, los estudios históricos recientes han establecido una cronología muy precisa sobre coyunturas significativas. El gran ciclo revolucionario abierto por Tupac Amaru y por los hermanos Katari, en los Andes centrales y meridionales, sería el más importante en términos del compromiso y de la agenda perseguida por los rebeldes. Las rebeliones de 1780, en efecto, comprometieron a vastos sectores de la población indígena, al mismo tiempo que su praxis, más allá de la retórica de sus líderes, produjo profundas brechas en la articulación de estas colonias con la Metrópoli. Pero la derrota de estas rebeliones, y sobre todo la brutal represión física y simbólica de las mismas, a la vez que cerraron este primer ciclo, abrieron uno nuevo con características completamente distintas al anterior.

El segundo ciclo corresponde al mismo entorno de las guerras por la Independencia, entre 1810 y 1824, y en el cual el liderazgo de las rebeliones fue ejercido por los Criollos, mientras que la población indígena habría sido reclutada por el engaño o por la fuerza, tanto por patriotas como por realistas, a fin de ser utilizadas como carne de cañón. Al examinar estas movilizaciones del campesinado indígena bajo el único parámetro de su adhesión o de su disidencia frente al control político de España, se concluye que después de las grandes rebeliones de 1780 no existió una participación independiente de los indios en el proceso de la Independencia, situación que no sería sino el anuncio de su completa prescindencia en la construcción nacional de los países a lo largo del siglo XIX (Lynch, 1973).

Las claras limitaciones de esta historiografía fundamentan la necesidad de re-examinar el problema de la participación de las clases populares, y en particular del campesinado indígena, en las guerras de la Independencia dentro de una perspectiva completamente nueva, y en la cual se investigue la racionalidad propia de esas movilizaciones en lugar de examinarlas, como en el pasado, sólo en función de su significado para la separación política de estas regiones frente a España.

En esta reflexión de carácter comparativo, la experiencia de la participación del campesinado colombiano, tanto indio como no indio, es de particular importancia en la medida en que permite una mejor evaluación sobre el sentido de la participación indígena en las luchas por la separación. En efecto, en el caso de los Andes centrales su campesinado fue fundamentalmente indígena, lo que introduce en el análisis la dimensión étnica, componente importante en la cohesión interna de las comunidades y en la memoria histórica como detonante de las movilizaciones. Mientras que en el caso de la Nueva Granada, con excepción de las provincias del sur, los rasgos indígenas de su campesinado se atenuaron fuertemente como consecuencia del temprano dismantelamiento interno de los resguardos (González, 1970). Importaría saber en qué medida la ausencia de esta dimensión étnica modeló de manera distinta la participación de su campesinado en las guerras nacionales.

Pero Colombia cuenta también con una experiencia excepcional en términos de la intervención de su campesinado, esta vez indígena, en el contexto de este conflicto. Me refiero a la extensa, prolongada y hasta cierto punto exitosa oposición de los campesinos indios de Pasto y de su líder Agustín Agualongo al ejército patriota y a su cerrada defensa de Fernando VII (Elías Ortiz, 1974). Experiencias similares como los de los campesinos de Iquicha, en el Perú, después de la batalla de Ayacucho en 1824 (Bonilla, 1996), o a la de los Araucanos de Chile (Bengoa, 1990), no pueden sin embargo equipararse en términos de la tenacidad y los logros alcanzados por los de Pasto.

Dada la heterogeneidad espacial y económica en que se dieron estas movilizaciones es poco razonable pretender encontrar un patrón único que explique su emergencia y su desenlace. No obstante, la literatura existente (Lynch, 1994), permite sugerir a título de hipótesis que estas movilizaciones desde 1810 hasta 1830 ocurrirían mayormente en espacios marginales a los afectados por el gran ciclo revolucionario de 1780, en el marco de pueblos indios con una débil cohesión étnica y con un liderazgo fundamentalmente mestizo, y en las cuales su articulación con la élite criolla, con el ejército, y la iglesia local serían más profundas. La intensidad de la participación indígena, por otra parte, sería en este contexto el resultado de la agenda propuesta por los líderes, así como de los avances y retrocesos de la coyuntura de la guerra.

En este contexto, la experiencia de la Gran Colombia entre 1820 y 1830 reviste igualmente una gran importancia, porque permite examinar la naturaleza de las fuerzas locales y regionales que produjeron la dislocación de un

intento importante para evitar la completa fragmentación interna de esta región septentrional luego de la disolución del pacto colonial. El significado final del nacionalismo en el Ecuador, como se sabe y pese a la rebelión de los barrios de Quito, tiene mucho más que ver con Santafé de Bogotá que con Madrid, a la vez que su compromiso nacional no canceló por completo las disidencias internas entre Quito, Guayaquil y Cuenca. La tesis inédita de Davis (1983) es a mi conocimiento el único intento que describe estas peripecias, las cuales requieren una nueva lectura para una comprensión más adecuada del significado de esta ruptura en relación al hecho nacional.

El análisis de las guerras nacionales en las que estuvieron involucrados los países de la región andina durante los siglos XIX y XX constituye otra vertiente para mirar esta situación. Estas guerras nacionales estallaron varias décadas después del establecimiento formal como Estados y países independientes, cuando sus respectivas clases dirigentes asumían como supuesta y descontada la existencia de sociedades nacionales, y en la que el compromiso activo de todas las clases y estamentos étnicos que integraban esas sociedades en defensa de la nación era naturalmente esperado (Arze, 1987). Con este propósito, las coyunturas bélicas elegidas significativas son la guerra del Pacífico que envolvió militarmente a Bolivia, Chile y el Perú entre 1879 y 1884, los conflictos del Putumayo y de Leticia que involucró a Colombia y el Perú en las décadas del 20 y 30 del siglo XX, la guerra del Chaco que opuso militarmente a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1936, y las varias guerras que opusieron al Ecuador y Perú entre 1914 y 1995. Algunos trabajos, incluso impecables, han sido escritos con el fin de examinar el comportamiento de uno u otro grupo de la sociedad nacional en algunos de estos conflictos y cuyos resultados constituyen el punto de partida para nuevas indagaciones. Sólo que esos trabajos, como se ha mencionado anteriormente, o son muy específicos o no tienen en cuenta la articulación de los grupos que participan con los otros que igualmente integraron sus sociedades nacionales.

Por importantes que sean esos trabajos, el análisis de los conflictos nacionales requiere también ser emprendido desde una perspectiva diferente. En el marco de la crisis abierta por la guerra, el examen del papel jugado por sus diferentes clases y grupos étnicos permitirá conocer la naturaleza de su adhesión o desafiación a la idea de Nación y Estado propuesta por sus clases propietarias, al mismo tiempo que el contenido de las alternativas movilizadas por estos grupos. En la medida, igualmente, de que estos conflictos nacionales ocurrieron en sociedades en las cuales la dimensión étnica seguía

siendo importante, la investigación propuesta permitirá revelar los mecanismos de exclusión del campesinado indígena de su respectivo entorno nacional, las consecuencias de este hecho en la no integración nacional, y las concepciones alternativas y cambiantes del concepto Nación imaginado por estos grupos y procesado en el curso del conflicto. Además, los esfuerzos desplegados por los Estados nacionales para disciplinar y obtener la obediencia de estos diferentes grupos en el contexto de una guerra nacional o, de manera recíproca, la respuesta de éstos ante tales esfuerzos, configuran parámetros adicionales para examinar la solidez de la articulación política del Estado con sus sociedades, el carácter de este Estado, y los límites de su control.

El estudio del desenlace de estos conflictos es otro componente importante en el examen de la cuestión nacional. Se conoce, en efecto, que las derrotas militares de los países envueltos en estas guerras fue el detonante que inspiró el cuestionamiento de las clases propietarias y la búsqueda de alternativas políticas distintas. La revolución nacional de Bolivia en 1952 no hubiera sido posible de no haber ocurrido la derrota del ejército y de las milicias mal armadas durante la Guerra del Chaco, del mismo modo que “La Gloriosa”, es decir la insurrección de 1944 que devolvió al poder a José María Velasco Ibarra, se explica en gran parte por la derrota militar del Ecuador en 1941, mientras que el profundo cuestionamiento de Manuel González Prada a la viabilidad del Perú como nación tuvo justamente como fundamento el desastre del Perú en la guerra de 1879 contra Chile.

Como lo ha sugerido Anderson (1988), en aquellos casos en que había una sólida clase terrateniente y un movimiento obrero fuerte, como en Brasil, Argentina y Chile, el resultado era la dictadura, mientras que Venezuela, con una clase terrateniente y un movimiento obrero débil, constituía el paradigma democrático. Las situaciones intermedias eran Colombia, con una democracia restringida, y Bolivia, convertida en un torbellino permanente, contando el primer caso con una clase terrateniente sólida y un movimiento obrero inexistente, mientras que Bolivia presentaba una correlación inversa: movimiento obrero fuerte y clase terrateniente destruida a raíz de la revolución nacional de 1952.

Para el conjunto de la región andina es posible pensar las situaciones expuestas anteriormente haciendo uso de las coordenadas sugeridas por Anderson para el Cono Sur.

Sólo que en el caso andino, la articulación de las mismas, así como sus agentes, son de otra naturaleza. Quisiera, por razones de espacio, ejemplificar esta propuesta tomando en consideración sólo una variante: la articulación de las dos clases agrarias: los terratenientes y los campesinos.

Si se examina la situación de las clases agrarias desde Bolivia hasta Colombia, es posible distinguir de manera muy nítida dos correlaciones opuestas. Por una parte, Colombia y Ecuador cuentan con una clase terrateniente poderosa y hegemónica y con un campesinado disperso y débil. Esta condición campesina se expresa en la destrucción de los pueblos indios tradicionales y uno de los resultados fue, por ejemplo, que no pudieran imponer una profunda reforma agraria a sus clases propietarias. La insurgencia de la CONAIE –Confederación de Indios Ecuatorianos– con su célebre líder el doctor Luis Macas, es muy reciente y no es consecuencia únicamente de una correlación de clases agrarias.

En contraste, Bolivia y Perú hasta hace poco constituyeron dos experiencias con campesinos y movimientos fuertes, frente a una clase terrateniente débil. En ambos casos, la expresión de esa fuerza relativa fue la destrucción de las haciendas a través de reformas agrarias profundas. Ese proceso, el de la dislocación de las haciendas, no hubiera sido posible de no haber ocurrido el “asedio externo” de los campesinos –para lo cual la presencia y el dinamismo de las *comunidades de indígenas*, como espacio indispensable para la reproducción de su condición campesina y étnica–, fue absolutamente crucial.

Aquí una digresión es necesaria. En el Estado de Morelos de Emiliano Zapata, como en los valles andinos de Perú y Bolivia, las transformaciones del sistema de tenencia de la tierra no hubieran sido posibles sin la movilización activa de su campesinado independiente, agrupado en los tradicionales pueblos de indios, cuyos portavoces protestaban, con razón o sin ella, contra el despojo permanente de sus tierras por parte de los latifundistas del entorno. En este contexto, el comportamiento de los *colonos*, *arrendires* de la serranía andina, o los *yanaconas* de la costa peruana fue muy distinto, porque fundamentalmente actuaron en defensa de los intereses de la clase propietaria, muchas veces repeliendo con decisión las “invasiones” de fuera.

En Ecuador, en cambio, la tímida “reforma agraria” de 1964, expresada sobretudo en la cancelación del *concertaje* y de los *huasipungeros*, estuvo motivada en parte por la resistencia presentada desde el interior por los colonos

de hacienda (Guerrero, 1991), situación que desafía los apresurados juicios sobre la pasividad de los siervos como consecuencia del paternalismo de sus patrones.

Pese a su importancia, esa sola peculiar correlación de las clases agrarias, así como su desenvolvimiento, no son en modo alguno suficientes para explicar el conjunto de la peculiaridad nacional de la región andina. Habida cuenta, además, de que las disgregaciones espaciales y étnicas siguen desafiando su configuración nacional, incluso en Colombia, el país étnicamente más homogéneo de la región, pero con clivajes regionales considerables (Bushnell, 1996).

La experiencia de la separación de Panamá ocurrida en 1903, a la vez que confirma también agrega otras coordenadas para la comprensión de este proceso y el significado del nacionalismo en el contexto de América Latina. Para empezar, Colombia, a pesar de su presunta homogeneidad étnica, presentó y presenta fracturas regionales muy importantes, al extremo que una identidad regional es mucho más perceptible que una identidad nacional. La expresión más extrema de esas fisuras se dio, por ejemplo, en el contexto de la disolución de la Gran Colombia y en el surgimiento y la ruptura de los diferentes Estados Soberanos, en el pasado más cercano, y en el aislamiento de zonas como Urabá y el Darién, en el escenario de hoy. El Estado “nacional”, por consiguiente, no pudo asentar su autoridad nacional, como tampoco pudo construir, desde arriba, una nación como era la ilusión que mucha gente compartió en el siglo XIX. Las razones de este fracaso son por cierto múltiples: ellas van desde la precariedad material hasta la desintegración física del territorio, pasando por la inexistencia de una clase efectivamente nacional hasta la ausencia de valores y símbolos que convocaran la adhesión de su población.

Pero Panamá fue también, por su posición geográfica y a lo largo del siglo XIX, el territorio más alejado del control político de Bogotá y cuyo encuadramiento dentro del territorio colombiano implicó más desembolsos a sus precarias finanzas que los réditos que eventualmente pudo generar su inclusión. Esa situación de marginalidad, en un contexto de disolución de los nexos precarios de articulación administrativa con Bogotá, se expresó tan tempranamente como en 1821, 1831 y 1840, cuando la élite de Panamá invocando las premisas coloniales de una soberanía que se delega y que por lo mismo se recupera, negoció fórmulas y mecanismos de una nueva integra-

ción pero que preservara sus privilegios. Postura fortalecida, además, por fuerzas centrífugas orientadas claramente en contra del centralismo y de una subordinación completa. Los viejos dilemas entre el interior y las periferias oceánicas, con su concomitancia en actitudes e intereses contrapuestos de sus habitantes, la internacionalización de su población por los movimientos migratorios asociados con la construcción del ferrocarril y de la fiebre del oro de California, añadieron componentes que fortalecieron un temprano cosmopolitismo de su población que era poco congruente con un tradicionalismo arraigado en el interior andino. Era, por lo mismo, un escenario fértil para la prédica liberal y para que sus representantes expresaran ese credo en todos los foros políticos, aunque es poco probable igualmente que el liberalismo de las élites coincidiera con el de un Victoriano Lorenzo. Que el desenlace de Panamá ocurriera con el fortalecimiento del centralismo promulgado por los conservadores en el poder, y luego de la cruenta experiencia de la Guerra de los Mil Días, no fue sino por cierto ni una simple coincidencia ni mucho menos un hecho fortuito.

Pero, además, Panamá fue la encrucijada en la que se encontraron no sólo fuerzas internas sino también fue el terreno de la acción y del desenlace de las fuerzas internacionales. En el Hemisferio esas fuerzas internacionales configuran una línea recta que va desde la encrucijada de la Doctrina Monroe frente a las amenazas de la Santa Alianza, hasta 1898 con la derrota definitiva del ya anacrónico dominio español y la separación de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, frente a las cuales ni las premonitorias advertencias de Bolívar ni las acciones de un Martí nada pudieron hacer. Para Roosevelt y los intereses que representaba, la secesión de Panamá era central en la consolidación de la hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica, como toda la historia posterior del siglo XX lo demostró más allá de toda duda. Pero quienes adhieren a una tesis conspirativa, debieran sin embargo recordar que las fuerzas y los intereses nacionales, por poderosos que sean, cuentan siempre con complicidades domésticas y actúan en escenarios que les son favorables.

La separación de Panamá en 1903 constituye por eso el umbral que conlleva una experiencia secular de la América Latina que se inicia con la ruptura en la década de 1820 del pacto colonial que mantuvo con España, al mismo tiempo que es el punto de inflexión de una nueva era. Sus consecuencias, por tanto, fueron múltiples por lo menos para los tres actores involucrados. Para el imperio, la consolidación de su hegemonía, facilitada además por el adormecimiento de la conciencia de sus obreros por el acceso

a los despojos del imperio. Para Colombia, el rediseño completo de su espacio económico y de su articulación con el mundo externo, al mismo tiempo que su conciencia colectiva transitaba del agravio al olvido, y otorgaba uno de los parámetros para entender la racionalidad de las decisiones de su clase dirigente como lo demuestran Leticia, en el caso del conflicto con el Perú, y la política frente a los recursos energéticos. Y para los panameños que entendieron finalmente que identidad regional e identidad nacional no son lo mismo, y que en el esfuerzo de alcanzar una cohesión de un nuevo tipo la victoria pírrica de 1903 abrió nuevos cauces: la lucha contra el protectorado impuesto y la recuperación del canal.

En el umbral de un nuevo siglo y de un nuevo milenio, las metamorfosis nacionales y regionales de los Andes continúan, sólo que ahora, de manera mucho más pronunciada, se tejen en un contexto signado por una globalización de un tipo nuevo. Sólo que la profecía no hace parte del oficio de los historiadores.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, Perry. *Democracia y socialismo. La lucha democrática desde una perspectiva socialista*. Buenos Aires: Editorial Tierra del Fuego, 1988.

ARZE, René. *Guerra y conflictos sociales. El caso rural boliviano durante la Campaña del Chaco*. La Paz: Ceres, 1987.

ASSADOURIAN, Carlos Sempat. "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial". En Enrique Florescano (ed), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y de América Latina (1500-1975)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1982

BENGOA, José. *Los Araucanos* Santiago: Sur, 1990

BLOOM, Salomón. *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

BONILLA, Heraclio. *Guano y burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1974

_____ “Estado y clases populares en el Perú de 1821” en Heraclio Bonilla et al. *La Independencia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2. Ed., 1980.

_____ “La oposición de los campesinos indios a la República Peruana: Iquicha, 1827”, en Heraclio Bonilla y Amado Guerrero (eds.), *Los pueblos campesinos en las Américas. Etnicidad, cultura e historia en el siglo XIX*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1996.

BUSHNELL, David. *Colombia: una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta, 1996.

CAVAILLET, Chantal y Pachón Ximena. *Frontera y poblamiento. Estudios de Historia y Antropología en Colombia y Ecuador*. Bogotá: Instituto Sinchi. IFEA. Uniandes, 1996.

Contreras, Carlos. *Los mineros del rey. Los Andes del norte: Hualgayoc 1770-1825*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995.

DAVIS, R.P. “Ecuador under Gran Colombia, 1820-1830. Regionalism, localism and legacy in the emergence of an Andean Republic” Ph. D. dissertation, The University of Arizo, 1983

DOMÍNGUEZ, Camilo y GÓMEZ Augusto. *Nación y Etnias. Conflictos territoriales en la Amazonia. 1750-1993*. Bogotá, Disloque Editores, 1993.

GARAVAGLIA, Juan Carlos
1984 *Mercado interno y economía colonial*. México: Grijalbo, 1984.

GLAVE, Luis Miguel. *Trajinantes. Caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1988.

GONZÁLEZ, Margarita. *El resguardo en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1970-

GOOTEMBERG, Paul. *Between silver and guano. Commercial policy and the Estate in Postindependence Peru*. Princeton: Princeton University Press, 1989.

- HUNT, Shane. "Growth and guano in nineteenth-century Peru" en Shane Hunt y Roberto Conde (eds), *The Latin American Economies. Growth and the Export Sector*. New York: Holmer & Meier, 1985.
- LYNCH, John. *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*. New York: Norton, 1973.
- _____ *Latin American Revolutions, 1808-1826. Old and New Origins*. Norman: University of Oklahoma Press, 1994.
- MALLON, Florencia. *Peasant and Nation. The Making of Post-colonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press, 1995.
- MANRIQUE, Nelson. *Las guerrillas indígenas en la guerra contra Chile*. Lima: CIC, 1981.
- _____ *Mercado interno y región. La Sierra Central, 1820-1930*. Lima: Desco, 1987.
- MITRE, Antonio. *Los patriarcas de la Plata*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1982.
- MORENO, Segundo. *Antropología del Ecuador*. Quito. Abya Yala, 1996.
- MURRA, John. *Formaciones Económico Políticas del Mundo Andino*. Lima, Ediciones IEP, 1975.
- ORTIZ, Sergio Elías. *Agustín Agualongo y su tiempo*. Bogotá: Banco Popular, 2ª ed., 1974.
- PENNANO, Guido. *La economía del caucho*. Iquitos. Ediciones CETA, 1988.
- PLATT, Tristan. *Estado boliviano y Ayllu andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1983.
- SALOMON, Frank. *Los Señores Étnicos de Quito*. Quito. Abya Yala, 1988.
- SANTOS, Fernando. *Etnohistoria de la Alta Amazonia. Siglo XV-XVIII*. Quito. Ediciones Abya Yala, 1996.

STEPAN, Alfred. *The State and Society. Peru in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press, 1978

TANDETER, Enrique. *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992.

VARESE, Stefano. *La sal de los Cerros*. Lima, Ediciones Retablo, 1973.

VILAR, Pierre. *La Catalogne dans l'Espagne moderne*. París: SEVPEN, 3 vols., 1962.

WEINSTEIN, Barbara. *The Amazon Rubber Boom*. Stanford: Stanford University Press, 1993.